



Capítulo 95

Alon se quedó en silencio ante las palabras de Yuman.

Más exactamente, estaba sumido en sus pensamientos.

«¿De qué está hablando?».

Detrás de su expresión estoica, ocultaba su desconcierto mientras repasaba mentalmente las palabras de Yuman.

«¿Llevar la misma carga que yo? ¿Quizás una aún más pesada...? ¿Qué significa esto?».

Alon miró a Yuman. El claro respeto y admiración en los ojos de Yuman eran innegables, lo que demostraba que sus palabras no eran una broma, sino sinceras.

«...??»

Alon se sintió aún más perplejo.

«¿De verdad cree que soy tan impresionante? ¿Es algo así?».

Recordó la reciente admiración y el favor que le habían mostrado los sacerdotes, pero rápidamente negó con la cabeza.



Por mucho que lo pensara, las palabras de Yuman no eran las expresiones habituales de respeto o reverencia.

Por lo tanto...

«Disculpe, pero... ¿qué quiere decir exactamente?».

«¿Eh?»

«Dijiste que yo llevo la misma carga que tú. ¿Qué quieres decir con eso?»

Alon decidió preguntarlo directamente. Como parecía que no captaba las indirectas sutiles, esta vez Alon planteó la pregunta sin rodeos.

Sin dudarlo, Yuman le explicó.

«Quise decir exactamente lo que dije. Compartimos una carga similar, aunque la tuya es más pesada que la mía».

«¿Yo?».

«Sí».

A pesar de que Yuman lo había aclarado, Alon estaba aún menos seguro de su intención.

Sin embargo, una cosa quedó clara:



«Definitivamente está equivocado en algo».

Era evidente que había algún malentendido.

A simple vista, Alon no veía ninguna similitud entre él y Yuman.

Solo por su rango, Alon había nacido en la noble familia Palatio, mientras que Yuman era un huérfano criado en un orfanato. Sus educaciones eran diametralmente opuestas: Alon había crecido sin preocupaciones, cortando la carne que se servía en la mesa de su familia y viviendo a su antojo, mientras que Yuman había sido elegido santo a una edad temprana tras una vida difícil en el orfanato.

Más allá de eso, sus personalidades, tendencias e incluso valores eran completamente diferentes.

Por lo que Alon sabía de Yuman, no tenían absolutamente nada en común.

«¿Debería señalarle esto?».

Se lo pensó para sus adentros.

No solo se había dado cuenta de que Yuman estaba malinterpretando algo, sino también de que la amabilidad de Yuman provenía de ese malentendido.

En otras palabras, aclarar el malentendido aquí y ahora podría provocar que esa amabilidad desapareciera.

Atrapado en este dilema, Alon pensó:



«Debería decir algo».

Al final, tomó una decisión.

Decidió dejar las cosas claras.

Por supuesto, no quería dañar su relación. Después de todo, Yuman era la mano derecha de Eliban, el protagonista de Psychedelia y el Santo del Reino Sagrado.

Sin embargo, basándose en sus experiencias pasadas, Alon sabía que cuanto más tiempo se dejaran sin resolver esos malentendidos, mayores serían los problemas que podrían causar una vez revelados.

Así que, tras pensarla detenidamente, finalmente abrió la boca.

«Santo».

«¿Sí, marqués?».

«Creo que hay un malentendido. Permítame aclararlo: no estoy en la misma posición que usted».

Alon habló con decisión, decidido a resolver el malentendido de Yuman.

Sin embargo...



«Sí, lo entiendo. El marqués carga con un peso mucho mayor que el mío. Quizás incluso recorra un camino que nadie reconoce».

...???

Ante la respuesta de Yuman, como si lo hubiera comprendido perfectamente, Alon volvió a abrir la boca.

«No, no es eso lo que quería decir».

«Entonces, ¿quéquieres decir?».

«... Quiero decir exactamente lo que he dicho. No es que sea modesto, sino que realmente no estoy en la misma posición que tú».

Alon hizo todo lo posible por dejar claro que la suposición de Yuman era errónea. Cuando terminó, sintió que le empezaba a doler un poco la cabeza.

No sabía qué tipo de malentendido había ocurrido, pero este tipo de situaciones solían terminar dejando a ambas partes en una situación incómoda una vez aclaradas.

Temiendo la inevitable atmósfera incómoda, Alon se preparó para lo peor, pero...

«Ah, ya veo».

Yuman, contrariamente a lo esperado, respondió con ligereza, con una mirada de respeto aún más pronunciada en sus ojos.



«Mis disculpas. Parece que he sido bastante insensible».

«¿Perdón?»

«Parece que he cometido un error. Todavía me queda mucho por aprender».

«Espera, ¿estás seguro de que me entiendes bien? Como te dije, no estoy en la misma situación que tú en absoluto...».

«Sí, lo entiendo perfectamente».

Yuman respondió con una sonrisa.

La tibia reacción distaba mucho de la incomodidad que Alon había previsto.

Esto llevó a Alon a una conclusión instintiva:

«¿Acaso... no me cree?».

Mientras Alon reflexionaba sobre esta idea, Yuman volvió a hablar.

«Siento si te he ofendido. No era mi intención distorsionar tu determinación».

«No, esa no es la cuestión. Lo estás malinterpretando...».



«Sí, lo entiendo perfectamente, marqués».

Antes de que Alon pudiera terminar, Yuman habló de una manera que daba a entender: «Claro, claro, lo entiendo. No te preocupes por eso».

Su actitud, como si comprendiera perfectamente la situación y simplemente fingiera ignorancia, dejó a Alon sin palabras.

«¿Qué...? La persona involucrada te dice que es un malentendido... ¿qué es esto?».

Alon se sintió atónito por dentro.

«Pues bien, marqués, rezaré para que la diosa Sironia le conceda sus bendiciones».

Con eso, Yuman salió de la habitación.

Alon, que se quedó mirando fijamente la puerta por la que había salido Yuman, se encontró incapaz de decir nada.

Habían pasado tres días desde entonces. Para entonces, los síntomas de agotamiento de maná de Alon habían remitido en su mayor parte, y Yutia vino a visitarlo.

«¿Se encuentra mejor, señor?».

«Sí».

Al ver a Alon asentir, Yutia, que había acompañado a Yuman a diario, sonrió aliviada.

Luego metió la mano en su túnica y le entregó a Alon un fragmento negro.

«¿Es esto... un núcleo abisal?».

«Sí. Parece que, tal y como sospechabas, Anderde había estado utilizando Núcleos Abisales. Hemos identificado al menos cuarenta».

«¿Cuarenta?».

«Sí, y eso es solo lo que hemos encontrado hasta ahora. Puede que haya aún más».

Ante las palabras de Yutia, Alon se quedó mirando el cubo hueco y gris, desprovisto de su poder, y se puso a reflexionar.

«Usar núcleos abisales para crear dioses exteriores...».

Por supuesto, Alon no tenía conocimiento previo de esto.

En Psychedelia, los núcleos abisales no se introdujeron hasta años más tarde. Incluso entonces, se trataban simplemente como una mecánica para escalar los niveles de los monstruos y adaptarlos al progreso del jugador.



En resumen, Psychedelia nunca profundizó en la información sobre los núcleos abisales, por lo que Alon no tenía ningún conocimiento al respecto.

«Aunque estos Dioses Externos sean creados artificialmente, la distinción es clara. Aun así, el hecho de que los Núcleos Abisales puedan producir Dioses Externos no es algo que se pueda ignorar».

Dado que los Núcleos Abisales podían circular, eso significaba que tales incidentes podían ocurrir en cualquier lugar.

Tras llegar a esa conclusión, habló.

«Yutia».

«¿Sí, señor?»

«Si descubres algo sobre dónde se distribuyen estos núcleos abisales, ¿me lo puedes hacer saber?».

«Entendido».

Decidió dejarle a Yutia una pista para investigar la distribución de los núcleos abisales. Sabía que el Reino Sagrado manejaba directamente a sus propios informantes en lugar de depender de los gremios de información.

«Esas personas son rápidas a la hora de manejar asuntos heréticos. Si se lo dejo a Yutia, probablemente obtendré información más rápido que a través del gremio».



Mientras Alon seguía hablando con Yutia sobre los núcleos abisales, de repente se le ocurrió una idea.

«¿Podría ser... el Olvidado?».

La idea se le pasó por la cabeza brevemente, pero rápidamente sacudió la cabeza y recuperó la compostura.

Un Dios Exterior plenamente realizado nacido de tal fenómeno no sería tan descuidado.

Tras poner fin a sus pensamientos, Alon pasó los dos días siguientes conversando con Yutia.

Por aquella época:

«¿Se va ya, señor?».

«Bueno, ya he terminado lo que venía a hacer aquí».

«Tiene sentido».

Alon comenzó a prepararse para abandonar el Reino Sagrado, pero no solo...

—¡Oh, hola...! ¡Marqués!



«¿Myaon...? Qué casualidad. Veo que esta vez también nos vamos juntos».

Se le unió el grupo de mercenarios al que no había visto en todo el tiempo que estuvo en el Reino Sagrado para la ceremonia de investidura.

—¡S-Sí...! ¡Qué coincidencia!

«Ha pasado mucho tiempo... pero ¿por qué de repente usas un lenguaje formal?».

«Ah... bueno, es porque... ¡Oh! Ahora que eres marqués, la diferencia de rango de repente se siente... ¿abrumadora?».

Myaon parecía insegura de si su excusa tenía sentido, y Alon se quedó perplejo.

«Por favor, cuiden al señor».

«Entendido».

«¿Me oyes?»

«¡S-Sí...!»

Al ver a Myaon ponerse firme ante las palabras de Yutia, Alon la miró instintivamente.

«Bueno, entonces, esperaré tu carta».

«Por supuesto. Te escribiré tan pronto como regrese».

Su tranquila despedida dejó a Alon sin palabras.

«Debería estar bien».

Con un ligero adiós, Alon partió del Reino Sagrado.

Poco después de la partida de Alon del Reino Sagrado...

en lo más profundo de la oficina de Yutia, se estaba entregando un informe.

«Se han descubierto tres más».

Sergius se paró frente a Yutia y le dio su informe.

«¿Cuál es el recuento?».

«Si incluimos los que acabamos de encontrar, hay 43 en total. Pero es probable que haya muchos más enterrados en los canales subterráneos».

A pesar de que ambos eran cardenales, Sergio se dirigió a Yutia con un lenguaje formal y una actitud rígida. Yutia, por su parte, aceptó su formalidad como si fuera lo más natural del mundo.



A ninguno de los dos les resultaba incómoda esta dinámica. En todo caso, Sergio sentía una peculiar sensación de tranquilidad en este arreglo, como si fuera lo que debía ser.

Quizá por eso...

«Cardenal Yutía».

«¿Qué es eso?».

«¿Puedo hacerte una pregunta?»

Por primera vez, Sergio se encontró preguntando algo que nunca antes se había atrevido a preguntar.

«¿Qué es?».

«... ¿Por qué dejaste que el cardenal jefe llegara tan lejos sin intervenir?».

Sergio sabía la verdad.

Era consciente de que Yutia sabía desde hacía tiempo lo que tramaba el cardenal jefe. Al fin y al cabo, hacía un año, ella le había ordenado que investigara las actividades de Anderde en los canales subterráneos.

No solo eso, sino que incluso había orquestado el robo de varios Núcleos Abisales que habían estado reuniendo en estatuas a través de él.



De hecho, la razón por la que la Machina que apareció hace una semana no había logrado estabilizarse en forma de Dios Exterior y seguía siendo unas enredaderas inestables se debía a la falta de Núcleos Abisales.

Esto significaba que Yutia podría haber detenido los planes del Cardenal Jefe mucho antes de que se materializaran.

Así que, incapaz de reprimir su curiosidad, Sergius había hecho la pregunta...

«Ah...».

Al darse cuenta de que se había pasado de la raya, su rostro se llenó de pánico.

«¿Por qué no lo detuve, te preguntarás...?»

Yutia se rió entre dientes, como si le divirtiera, antes de responder.

«Déjame explicarte».

Abrió lentamente un cajón de su escritorio.

Wuuung...

De él, nueve Núcleos Abisales, traídos por Sergius, flotaron en el aire.

Tras inspeccionar brevemente los núcleos flotantes, Yutia los destruyó sin dudarlo.



¡CRACK! ¡CRACKLE!

Con un solo movimiento, destrozó los Núcleos Abisales, cada uno de los cuales valía una fortuna en el mercado negro, lo suficiente como para tener que vender todo un feudo para comprar uno solo.

Después de destruirlos, habló:

«No fue para robar esto».

Con un movimiento de sus dedos, los fragmentos rotos cayeron al suelo de la oficina.

«Esta basura no tiene ningún valor para mí».

Sergius, tragando saliva mientras observaba los fragmentos, se sobresaltó cuando Yutia se dirigió a él.

«Hola, Sergius».

«¿Sí?».

«¿Sabes qué comen los dioses para crecer?»

«¿Los dioses... comen?».

«Sí, todos los dioses, incluida la gran diosa Sironia».



Ante la pregunta de Yutia, Sergio respondió con vacilación:

«... Un dios es un ser completo y perfecto, ¿no es así?».

Una respuesta cautelosa.

Yutia, sonriendo, negó con la cabeza.

«No, ese no es el caso».

«Los dioses exigen dos cosas: fe y reverencia».

«¿Fe... y reverencia?».

«Sí. Y esta vez, lo que se necesitaba era simplemente «reverencia» por parte de la gente».

Mientras una profunda sonrisa se dibujaba en los labios de Yutia, un vívido recuerdo se repetía en su mente.

La escena de hacía una semana.

Bajo la luna azul, Alon lanza una lanza de rayos al Dios Exterior.

«Un momento más brillante y hermoso que cualquier otra cosa».

—La magnífica imagen de la Gran Luna.



«—Una vista que nunca se borraría de la memoria de nadie».

Su sonrisa se amplió, su expresión serena pero inquietante.

«Reverencia destinada solo a él».

Sus ojos brillaron con una oscura diversión.

En las profundidades carmesí de su mirada, la escena se repetía una y otra vez: el resplandor, la grandeza, el asombro de ese momento.

«Y esa... es la razón».

Ante su respuesta, Sergio no pudo hacer otra cosa que tragarse saliva y asentir con la cabeza.

Porque en sus ojos brillaba una locura aguda e inconfundible, un destello peligroso que le advertía que nunca se excediera.